

pantoso prodigio, cesaron la obra, y numerosos judíos solicitaron la gracia del bautismo. Así lo refieren, entre otros, el Aguila de Hipona, el Crisóstomo y el Nacianceno.

Cuenta Rufino que San Cirilo, á la sazón obispo de Jerusalén, había-se burlado de la empresa de los judíos, citándoles las profecías de Daniel y de Jesucristo, repitiéndoles constantemente «que no quedaría piedra sobre piedra», y los mismos judíos completaron la realización de los divinos oráculos con la demolición de los últimos vestigios del templo.

Como muchos autores han intentado explicar el fenómeno que refiere Amiano Marcelino, bueno es que examinemos sus corazones.

En la obra titulada *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, por Gibbon, traducida por M. Guizot, se lee la siguiente nota del traductor: «Michaelis ha dado una explicación ingeniosa y bastante probable de ese hecho singular, que el testimonio irrevocable de Amiano, contemporáneo y gentil, no permite poner en duda; se le ha proporcionado un pasaje de Tácito, quien dice al hacer la descripción de Jerusalén: —La plaza, que ocupaba magnífica posición, estaba defendida por obras que aun en otra posición, la hubieran hecho respetable. Había en ella dos lados de inmensa elevación (el monte Sión y el del templo, sitios uno junto á otro en la parte meridional de Jerusalén), rodeados de murallas construidas en regla, con fosos y otras obras que dejaban descubierto el flanco de los sitiadores. El templo era una especie de ciudadela, también con murallas todavía más sólidas y fortificadas que las otras, y los pórticos que circuían el templo eran también una fortificación importante. Había allí una fuente, vastos subterráneos y algibes para recoger el agua de las lluvias.—

» Esos subterráneos y cisternas, dice Josefo, debían ser muy considerables, por cuanto proporcionaron el agua necesaria durante el asedio de la ciudad de Jerusalén á 1.100,000 habitantes, pues la fuente de Siloé no podía bastar, y carecían de agua pluvial por haber tenido lugar el sitio desde abril hasta agosto, época del año en que raras veces llueve en Jerusalén. En cuanto á los subterráneos, servían desde mucho tiempo antes del regreso de los judíos de Babilonia para contener no sólo las provisiones de vino, aceite y trigo, sino también los tesoros que se debían guardar en el templo. El mismo Josefo refiere algunos pormenores de los cuales se desprende cual sería su extensión. Cuando Jerusalén estuvo á punto de ser tomada por Tito, los jefes de los rebeldes, cifrando su última esperanza en esas vastas cavidades, formaron el proyecto de permanecer guarecidos en ellas durante el incendio de la ciudad y

hasta que se alejasen los romanos. La mayor parte no tuvieron tiempo para ejecutar ese proyecto; pero uno de ellos, Simón, hijo de Gioras, habiendo acopiado abastos y herramientas, bajó con algunos compañeros á ese retiro, donde permaneció hasta que Tito partió para Roma. Como el hambre y la sed les apremiaban, salió de pronto al lugar en que había existido el templo, y encontróse entre soldados romanos. Fué preso y conducido á Roma en triunfo; y haciendo su aparición sospechar que otros se habrían ocultado de igual modo, practicáronse indagaciones, cuyo resultado fué el descubrimiento de muchos.

» Es probable que los más de esos subterráneos eran restos del tiempo de Salomón en que estaban muy en uso las obras subterráneas; no cabe atribuirles otro origen. Los judíos al regresar del cautiverio eran muy pobres para emprender semejantes trabajos, y aunque Herodes al reedificar el templo mandó abrir algunos subterráneos, la precipitación con que se llevaron á cabo esas obras no permite creer que todas pertenezcan á dicha época. Las unas consistían en cloacas y desagües; las otras servían para guardar los inmensos tesoros que Craso saqueara ciento veinte años antes de la guerra de los judíos y que sin duda fueron reemplazados. El templo fué destruido en el año 70 de Jesucristo; las tentativas de Juliano para restablecerlo y el hecho referido por Amiano coinciden con el año 363; con que entre las dos épocas hay un intervalo de cerca trescientos años, durante el cual los subterráneos obstruidos por los escombros se llenarían de gases, los cuales se inflamarían con el contacto de las antorchas de que hubieron de echar mano los trabajadores mandados por Juliano para desembarazarlos, apareciendo de improviso las llamas que los rechazaron acompañadas de fragorosas detonaciones, fenómeno que se reprodujo siempre que trataron de penetrar en las nuevas cavidades. Esta explicación está confirmada por la relación que hace Josefo de otro acontecimiento muy parecido. (Es un hecho actualmente popular, que cuando se abren subterráneos, una de dos: ó se apagan las luces y los hombres caen desvanecidos primero y luego muertos, ó si el aire es inflamable, agitan al rededor de la luz una llamita que se dilata y multiplica hasta que se generaliza, y al incendio sigue una detonación que mata á los presentes).

» El rey Herodes, habiendo oído decir que en el sepulcro de David se habían ocultado inmensos tesoros, bajó á él de noche con algunos hombres de su confianza; en el primer subterráneo no encontró más que joyas y vestidos; poco antes de entrar en el segundo, que desde mucho tiempo estaba cerrado, así que lo abrió fué rechazado por las llamas que mataron á dos de los que le acompañaban.

» Como no era de suponer que eso fuese ningún milagro, se puede considerar ese hecho como nueva prueba de la verdad del que refieren Amiano y los escritores contemporáneos ».

Tal es la nota de Guisot ; estudiémosla.

El pasaje de Tácito no tiene tanta relación con el hecho que nos ocupa, que corrobore la existencia de una fuente en el monte Moriah, y la de los aljibes, cloacas y subterráneos, lo cual está confirmado en muchos pasajes de la Biblia y de Flavio Josefo, y se conserva aún en parte; sólo precisa notar que esa fuente tomaba sus aguas á tres leguas de Jerusalén, á donde iban por algunos acueductos.

La afirmación deducida de un pasaje de Josefo sobre las dimensiones de los aljibes que debieron proporcionar agua á un millón cien mil habitantes mientras duró el sitio, es inexacta. Flavio Josefo asegura que durante el sitio de Jerusalén perecieron un millón ciento mil habitantes, pero en parte alguna afirma que viviesen en el monte Moriah: estaban desparramados por la Ciudad donde les apremiaban tantísimo las privaciones, que se exponían á ser muertos por los sitiadores saliendo á buscar un poco de hierba siquiera para comer, fuera de la ciudad. Morían quinientos al día.

Al fin del asedio los que se escaparon de la muerte fueron rechazados en el recinto del templo, y cada día eran arrojados desde las murallas al valle de Josafat infinidad de cadáveres de los que habían fallecido de inanición. ¿Era posible tener agua? ¿Con cuál contaban? Los acueductos estaban en poder de los romanos, y lo natural era que los cortasen. La piscina Probática que estaba al pie de la torre Antonia, cayó también en poder del enemigo cuando se apoderó de aquella fortaleza; de lo cual se deduce que no quedaban más que los aljibes, y el citado historiador no dice que ministrasen suficiente agua á la muchedumbre, á tal extremo reducida, que las madres se comían á sus propios hijos.

Prescindamos de esa época y fijémonos tan solamente en los tiempos prósperos de Jerusalén admitiendo que hubiese suficiente agua para un millón de hombres en la plaza del templo, ¿tiene un asomo siquiera de verosimilitud que después de la destrucción se conservasen en el monte Moriah, abandonado entonces, acueductos, aljibes, cisternas y piscinas? En la montaña no hay una gota de agua sino la que cae del cielo.

En cuanto á los subterráneos, consta y sin género de duda que los había en número muy considerable, siendo muy probable que su origen se remonta á los días de Salomón. Creíble es que un fenómeno parecido á la

explosión que mató á los dos satélites de Herodes pueda reproducirse aún actualmente entrando en dichos subterráneos con luz. Pero, ¿qué hay de común entre la empresa de Juliano y el proyecto de Herodes?

Pretender hallar semejanza entre esos dos hechos, es caer en un error. Después del siniestro sucedido á los satélites de Herodes, ¿temió éste acaso erigir un monumento á la entrada del subterráneo del monte Sión para expiar su crimen? ¿Se contentó Alipio con visitar sigilosamente los subterráneos del monte Moriah para librarse de la primera explosión? Los judíos fueron convocados en todas partes y nunca mostraron más entusiasmo. Todos trabajaban con ardor y al aire libre cuando salieron de los cimientos temibles globos de fuego; estallaron repetidas veces, hirieron á los trabajadores, les hicieron inaccesibles el terreno, el fuego se arrojaba sobre ellos, les perseguía, les devoraba, y obligóles á cejar en la empresa.

¿Hay alguna causa natural á la cual pueda atribuirse ese fenómeno, único en los anales de la historia del mundo? No podría ser más que substancia gaseosa de dos clases: fósforo y carbonato de hidrógeno. Lo primero sólo ofrece un gas espontáneamente inflamable; pero como procede de la descomposición de ciertas materias animales, no puede presentarse en cantidad bastante para dar lugar á explosión fuerte; así que sólo existe en los cementerios y en parajes hondos y húmedos. Ese gas alterable por una multitud de agentes lo es además espontáneamente hasta el punto de que abandonado á sí mismo no dura dos días completos, y las materias ó substancias animales capaces de producirles, habrían estado en los subterráneos desde dos siglos antes, admitiendo aún que los cadáveres hubiesen continuado allí desde las últimas persecuciones de los judíos por Julio Severo. El monte Moriah, conforme hemos hecho constar, no ofrece las condiciones de humedad sin las cuales ese gas no puede existir ni producirse. Queda, pues, excluído de las causas del fenómeno, y con él, la de la inflamación espontánea.

Resta ocuparnos del gas de la segunda clase. Sea cual fuere su procedencia, siempre necesita para inflamarse el contacto de un cuerpo en estado de ignición. En ciertos casos da lugar á explosiones fuertes que producen una luz instantánea como el relámpago; el otro produce una luz tranquila, duradera y sin explosión alguna.

Si la causa del fenómeno hubiese sido pues el carbonato de hidrógeno mezclado con el aire de la atmósfera cuyas explosiones se habrían reproducido muchas veces, ¿no es sorprendente que entre aquellos numerosos testigos, trabajadores y sobrestantes de las obras, no se encontrase un entendimiento reposado, un observador que advirtiese si los

trabajos se proseguían sin dificultad hasta que tuvo efecto el empleo del fuego ó su presencia? Además, la apertura de los cimientos de un edificio ¿no se efectúa á la luz del día, sin necesidad de alguna luz artificial? ¿Cuántos funestos accidentes sucedieron á principios de este siglo por la explosión del fuego en las minas de hulla ó carbón de piedra? ¿Y cuántas veces se han repetido desgraciadamente? ¿Hase abandonado por eso una sola mina? ¿Y se podría admitir que donde por parte de los judíos había un interés material, un interés de nacionalidad, un interés religioso, por la del gobernador y de Alipio el cumplimiento de un deber y una satisfacción de amor propio, y por la de Juliano un interés de impiedad, se hubiese retrocedido ante un peligro que naturalmente se provocaba?

En estas observaciones del abate Mislin, nadie verá la investigación de las pruebas de un milagro, sino la exposición de las *únicas* causas naturales que pueden producir un fenómeno análogo. Dejamos á los lectores de buena fe que juzguen si con esas causas se puede explicar la cesación de las obras emprendidas por Juliano.

Los que vivimos tantos siglos después del hecho que nos ocupa, tenemos otra prueba más evidente que el testimonio de los historiadores, y es que en la actualidad todavía no se ha reedificado el templo por más que no le hayan faltado Julianos á semejante proyecto. ¿Hay, por ventura, quien ignore en qué manos están las riquezas del mundo? Y, eso no obstante, podemos, imitando á San Cirilo, dirigir un reto á todos los judíos y apóstatas de la tierra.

Durante los siglos v y vi, la mayor parte del espacio que ocupó el templo fué abandonada por los cristianos, quienes edificaron únicamente una magnífica iglesia en la parte meridional del atrio, en donde la Santísima Virgen fué presentada al templo.

Hacia mediados del siglo vii, habiéndose apoderado Omar de Jerusalén, preguntó dónde estaba la piedra en que reclinara Jacob la cabeza cuando su milagrosa visión, y le mostraron el lugar donde estuvo el templo. Indignóse el califa al encontrarlo lleno de inmundicias, y resolvió edificar en él una de las mejores mezquitas del islamismo. Y para principiar dando el ejemplo, cogió tanta tierra é inmundicia como pudo caber en la falda de su manto, y las llevó á cierta distancia; todos los musulmanes hicieron lo mismo; con que pronto fué despejado aquel sitio, y echáronse los cimientos de la mezquita que todavía existe. Lleva el nombre de *El-Sakhra* (la Piedra), y los musulmanes casi la tienen por tan sagrada como las mezquitas de Medina y la Meca. Termináronla los sucesos de Omar, Abdel-Maleck y Eu-Onlid.

Más adelante los cruzados la convirtieron en un santuario de Jesucristo, siendo consagrado á mediados del siglo xii por un legado del papa Inocencio II; pero cuando Saladino reconquistó á Jerusalén, lo restituyó á su primitivo destino.

«Las primeras tareas de Saladino, dicen los autores musulmanes, se consagraron á restaurar la célebre mezquita, para lo cual aprontó mármoles y *plata dorada de Constantinopla*. De esto se deduce que los griegos habían encontrado medio de ganar á Saladino, lo cual explica por qué los cristianos del rito griego no se alarmaron cuando la toma de Jerusalén.—Y aprontó otros materiales de gran precio. Los musulmanes por su aversión á las imágenes no dejaron el menor vestigio de las figuras que trazaran los cristianos. El sobrino de Saladino se dirigió á la iglesia de Sahura, barrió con una escoba la inmundicia, y después de lavar paredes y mármoles, rociólas con agua rosada, repartiendo en seguida abundantes limosnas á los pobres. Lo propio hicieron los hijos de Saladino. Luego fué allá el sultán á orar, y el viernes siguiente faltaban sillas para el gran número de concurrentes. El sultán mandó al cadí Mohi-eddin que ejerciese las funciones de *kalibó* (predicador), y el discurso que éste pronunció excitó nuestra admiración: expuso las prerrogativas de la santidad de Jerusalén, habló de la purificación de la mezquita, añadiendo algunas palabras relativas á la fuga de los sacerdotes y al silencio de las campanas. Los francos habían edificado un templo sobre la Sakhrah, con un altar y habitaciones para los sacerdotes. Allí estaba depositado el libro de los Evangelios; construyóse una cúpula dorada sobre la huella del pie de Mahoma, y que los cristianos decían ser la de Jesucristo.

La cúpula estaba sostenida por elegantes columnas de mármol; el sultán, mandó reedificarla tal como antes estaba, y la peña fué resguardada con una reja de hierro. Hizose presente al sultán que veinte años antes Nureddín había mandado construir en Alepo un púlpito riquísimo con intención de enviarlo á Jerusalén cuando se apoderara de ella, que se habían empleado algunos años en labrarlo, y que nada más bello poseía el islamismo. Por consiguiente, Saladino lo mandó traer de Alepo para colocarlo en sitio conveniente. Sobre la cúpula de la Sakhrah había una cruz de oro. El día que la ciudad se rindió, los musulmanes subieron á quitarla, volviéronse allá las miradas de los cristianos no menos que las de los musulmanes, y cuando la cruz vino al suelo oyóse un clamor general en la ciudad y en sus inmediaciones: grito de alegría por parte de los musulmanes, grito de dolor é ira por la de los cristia-

nos; el estrépito fué tal que se hubiera dicho que el universo iba á hundirse.»

Prohibióse desde entonces bajo pena de muerte á los cristianos la entrada en la mezquita. Los musulmanes ni les franqueaban siquiera las puertas ó las bocas de las calles que conducen á ella. Hasta después de la guerra de Crimea ningún cristiano pudo penetrar en el recinto de la famosa mezquita. Ni Chateaubriand, Lamartine, ni el abate Mislin, ni otros muchos viajeros que abrigaban el deseo ardiente de visitarla, pudieron satisfacer su curiosidad, á pesar de sus riquezas unos, y de ir otros cargados de firmahes ó autorizaciones del sultán. El fanatismo de los musulmanes ha hecho pagar siempre con la vida el acto temerario de penetrar, aun que fuera disfrazado de turco, en la célebre mezquita.

«No he visto el interior de la mezquita, escribe Chateaubriand. Muy tentado me sentí á arrostrar cualquier peligro para satisfacer mi amor á las artes; pero me detuvo el temor de causar la pérdida de los cristianos de Jerusalén.»

En la actualidad todos pueden visitarla mediante un permiso especial del bajá de Jerusalén, y el *bacchis* convenido con los guardianes, excepto durante el mes de Ramadam y todos los viernes del año.

He aquí su descripción que tomamos literalmente de la excelente obra de los señores Fernández Sánchez y Freira Bareiro.

«La mezquita de Omar, dicen estos señores, situada casi en el centro de la gran plaza Haram-es-Cherif, forma un polígono ochavado, cada uno de cuyos lados tiene veinte metros de largo, y siete preciosos arcos ojivales, con otras tantas ventanas del mismo estilo, en cuatro de sus caras, y seis de aquéllos con seis de éstas en las otras cuatro, correspondientes á los puntos cardinales. De su tambor arranca una arrogante cúpula, que en la base se estrecha ligeramente, formando algo más de la mitad de una esfera, como sucede en todas las de estilo árabe y aun bizantino y normando. Toda está cubierta de plomo, y de su vértice arranca una inmensa media luna dorada. Lo demás de la mezquita está revestido exteriormente de hermosos azulejos de estilo persa, dichos *cachani*, y de ricos mármoles, cuajados de arabescos, caprichosos dibujos y versículos del Corán. El todo forma un conjunto en grado maximo sorprendente.

«Dan ingreso á la mezquita cuatro hermosísimas puertas rectangulares, precedidas de elegantes pórticos que estriban en cuatro columnas, excepto el del Mediodía, que ostenta ocho de orden salomónico..... Las puertas son de madera, revestidas con planchas de bronce. Llamá-

ronnos la atención los preciosos clavos y elegantísimas cerraduras...

» La mezquita, cuyo diámetro es de cincuenta y tres metros, consta de dos naves octogonas y concéntricas, separadas por columnas y pilastras, y de un vano ó centro, que llena la inmensa roca *sakhra*, y cierra la gran cúpula. Ciñe la primera nave los muros exteriores por un lado y por otro diez y seis columnas antiguas, de preciosos mármoles, de una sola pieza, y ocho pilastras, que se corresponden con los ángulos del polígono. Entre cada par de pilastras hay dos columnas. En unas y otras se apoya la segunda nave, naturalmente de más reducida periferia, y por otro lado en cuatro pilastras y doce columnas, unidas entre sí por preciosas verjas de hierro. Entre éstas y la roca hay otra verja de hierro bellísimamente trabajada. Muros y techo están cubiertos de mosaicos, arabescos y textos del Corán profusamente decorados... Las columnas, de diferente color, forma y altura, pertenecen sin duda, como las del tribunal de David, á monumentos más antiguos, quizás al templo de Júpiter, que allí erigió Adriano. Los capiteles, que también difieren mucho, son de estilo bizantino. Sobre ellos, estriban pequeños y graciosos arcos, que realzan la belleza de la mezquita. El pavimento es también de ricos y variados mármoles, que forman un lindo y caprichoso mosaico.

En medio de tanto lujo de ornamentación, contrasta extraordinariamente la desnudez, asperezas y sinuosidades cavernosas de la gigantesca mole roquiza, de once metros de diámetro, que se eleva en el centro. Cúbrela á manera de pabellón, suspendido sobre ella á la altura de un hombre, una especie de tienda, *feme*, de seda verde y encarnada...»

Dando vueltas á la roca que hay en el centro de la mezquita, pueden verse: la supuesta impresión de los dedos del ángel Gabriel, el escudo de Hamsa, tío del profeta, la supuesta huella del pie de Mahoma, su estandarte arrollado en un asta, el *Sandriak* ó bandera de Omar y las sillas de *El Borak*, famosa yegua blanca del profeta, y el Corán de Omar. Quince gradas abiertas en la misma piedra, conducen á una cueva que tiene unos ocho metros de largo por tres de ancho, y está precisamente en las entrañas de la roca Sakhrali, con otras cavidades menores á manera de nichos, que señalan otros tantos oratorios, venerandos por haberlos santificado con sus plegarias los más grandes profetas, según dicen los musulmanes. Esta peña tiene concedida indulgencia plenaria, porque sobre ella estuvo á punto de consumarse el sacrificio de Isaac; fuego del cielo quemó en aquel lugar la víctima ofrecida en sacrificio por David, y allí estuvo, por último, el *Sancta Sanctorum* del templo de Salomón.